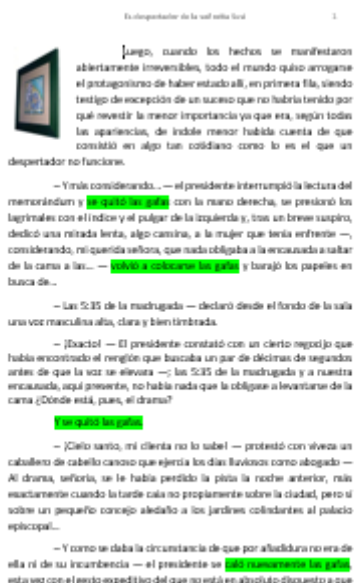


Se quitó las gafas

Página 1 de 13



por primera vez, en el segundo renglón, del segundo párrafo, que lo anotó ella, Susi, también con su derecha en la libretita que siempre llevaba consigo mientras, con la izquierda, se quitaba el zapato del pie derech...

Soltó sobresaltada el bolígrafo y recapacitó; ¿siempre llevaba ella consigo — se preguntó, llevándose a los labios distraída el cigarrillo que se quedase, mientras leía, apagado en el cenicero de cristal tallado, a pequeños rombos, que solía tener a mano sobre el último peldaño (el de arriba, se entiende) de la

escalerita plegable que solía utilizar cuando, en las noches de invierno, se veía obligada a alcanzar el edredón que guardaba en verano en la balda de arriba del roper...

Tanteó, sin apartar la vista de las gafas (del segundo renglón del segundo párrafo, que no se le perdieran), por sobre la mesa en busca del mechero para volver a encenderlo pero sobresaltándose de nuevo, porque, ¿estaba ella segura de haberlo puesto allí el último verano?, ¿no lo colocaría, en un despiste, en el altillo del armario pequeño del pasillo o, incluso y puestos a dudar, entrado ya el otoño por perez...

Todo el mundo sabe, y la señorita Susi, siempre lo decía, “yo soy tan mundo como el que más”, también, que cuando un cigarrillo abandonado en un cenicero se apaga resulta difícil que vuelva a prender; y estaba insistiendo, con el mechero, intentando lograrlo cuando, otra vez sobresaltada, lo dejó caer sobre la mesa y, echando mano de nuevo de bolígrafo y libreta, anotó, en renglón aparte

Sobresaltos 3

Se dejó caer en la butaquita que tenía a mano — “a culo”, se hubiese dicho ella con ese maldito condenado afán de hablar con precisión — diciéndose, quitándose el segundo zapato que... ¿era el derecho?...

Ascendió con la vista por la página y comprobó que no, que ese se lo había quitado cuando se paró en seco preguntándose si estaría siendo del todo veraz al afirmar que, al hacerlo, llevaba siempre consigo la pequeña libretita de pastas rojas porque, recordó, la libretita la había comprado esa misma mañana y, los zapatos, al margen de que se tratase del derecho o del izquierdo, se los había quitado infinidad de veces a lo largo de su vida adulta sin que, que pudiera ella recordar al menos, estuviese sosteniendo siempre algo en la mano... ¿Derecha?

Volvió a subir la vista pero ahí lo que encontró fue “veraz al afirmar” que, como no era lo que quería...

– ¿De verdad, Susi, no quieres — otra vez sobresaltada que, por no hacer tachones, anotó, en renglón aparte

Sobresaltos 4

en la misma libreta pero en distinta página (es decir, esta) reprochándose que por qué no lo anotaría...

Y anotó:

Reproches 1

cuando... ¿Dónde estaba ella? ¿Por dónde iba cuando? Cuando, cuando, cuando, cuando... ¿qué?

Miró en derredor, como buscando, pista, indicio, asidero del que sujetarse para no perder pie y caer rodando, cual bola de nieve, desde lo alto de la confusión al remanso de la certeza turbia, sin brillo ni aristas, ascendiendo en espirales juguetonas diluyéndose o tal vez y mejor difuminándose en la atmósfera cargada de... *este espacio cerrado, interior que... ¿Es tuyo, Susi?*

¿Es, Susi, seguro tuyo —se preguntó —, este espacio interior cerrado en el que habitas?

Y lo encontró, allí, en las noches de invierno, justo antes de verse obligada a alcanzar el edredón aunque, por pura lógica, tenía que estar habiendo todo un otoño de por medio entrado por pereza el cenicero, de verdad y cerámica ¿De dónde había salido el de cristal?

De algún rincón de la memoria, se excusó, elusiva; hay tantos rincones olvidados por ahí dentro, tantos ángulos muertos esperando cristiana sepultura, que nunca se les da — e hizo un guiño, torciendo un poco el gesto no supo si en mueca de hastío o de sonrisa, burlona, o con desprecio... ¿hacia la sepultura?, ¿hacia su propio gesto?, ¿hacia el recuerdo torcido como un cuadro que así se quedó al pasar el plumero? — por pura, y simple y llana, inocente negligencia. Pero qué puede importarle al rincón; y al cuadro, tampoco.

Pero tuvo que hacer un esfuerzo, con el cuadro; esa condenada manía que tienes, murmuró, de humanizar los objetos; como si pudiera dolerle la mala postura. Estúpida que serás siempre.

De manera que, entre unas cosas y otras, había vuelto a perderse; pero sin sobresalto. Escuchó los latidos de su corazón y comprobó, con un vuelco de casi alegría que sin sobresalto... Pero, ¿y el vuelco?; y que bueno, sí, sobresalto pero de alivio, casi alegría se podría decir (pero para qué, si nadie iba a oírlo); sobresalto por la sensación de liberación que le produjo el sentir que el haber vuelto a perderse no la hiciera sentir culpable, desordenada y hasta, puestos a ser severa, irresponsable...

Excusas, te estás poniendo excusas para darte largas noches de sueños profundos, superficiales, sí, pero vistosos, de alegres y alocados sabores de intenso, a veces, profundo azul pálido o, cerca ya del amanecer de esa oscuridad vacía que lejos de desesperar se aproxima, cautelosa, el ruido, restallar apenas sordo, de un arranque, de cuajo, sin esmero, de raíces de tramas o misterios que rondan como en corro, a la pata coja, el despertar ansioso de la duda que asaltará, sin duda, ni descanso, el siempre nuevo avejentado augurio de retornos.

Re-tornos, re-dadas, re-cuerdos, re-mansos, re-dobles, re-cuentos, re-paros, re-dichos, re-nacidos volveres a entregadas a los otra vez cuerdos, nuevamente mansos, vueltos a plegar dobleces de machacones cuentos anclados insistentes en ya dichos atisbos persistentes de donadas, dotadas de re-venidas acartonadas sensateces insistentes en mantenerse mansas, sumisas, re-signadas, re-afirmadas, rubricadas, consignadas, sobre los pies

de barro de la lógica que a no sabe qué afán de prevalecer aun no sabiendo para qué embarga.

Y coge carrerilla, los brazos en alto y las manos abiertas como quien se rinde pidiendo clemencia no volveré a hacerlo, clamando, a lágrima viva, nunca más lo prometo pero sin poder o sin saber porqué soltarla, alada, como un águila, por sobre precipicios y de bruces allá, ella, al fondo, en lo más profundo de su verdad a que no alcanza, despeñarse, porque ya total qué importa, en torrentes de re-fuerzos que no van a acudir por más que los invoque, re-encuentros que se verían extraños, desconocidos aunque volvieran a encontrarse, re-alojos altamente improbables en adonde en los que no cabe ya espacio y posibilidad de un acomodo honroso, digno, de respeto, de perdón, de gloria o de esperanza.

Pero, se dice para sí, para ti, no pasa nada, nada o muy poco aunque lo intenta todo por el tamiz tan fino de qué es cierto, o en cierto modo al menos visto desde aquel otro lado del espejo en que se mira y se dice te quiero...

Y yo a ti, muñeca...

¿De trapo?

Pues claro, tonta marioneta de serrín.

Con la verdad por delante, así me gusta, admite tras echar un vistazo de reajo a la apretada lista de aspirantes que, lo lamenta, pero vais a tener muchos que quedaros fuera porque aquí no cabe ya ni un alfiler con que prender la mecha que fulmine, reduzca a polvo o a cenizas no importa mucho qué pero hasta los cimientos sobre los que, explica, se vino sosteniendo toda una vida...

¿Tuya?

No, claro, ríe, qué bobada.

No mía sino de quienes me la fueron quitando de a poquitos.

No vayas, por favor, a ponérteme triste.

Nada más lejos de mi ánimo; te lo aseguro.

Y apaga la luz porque no quiere seguir con la conversación frente a un espejo que, contrariado, le da la espalda y se aleja, a paso que sería más vivo si pudiera, ahí, a la pata coja, recordar por qué zapato andaba sin tener que, tirando de una pereza inmensa, retroceder hasta el último renglón de la primera página para encontrarse, allí, tres sobresaltos que en cuantito la vean, os conozco, acudirán dándose codazos y empujones a abordarla.

Pero no tengo ganas, y a lo mejor ni fuerzas, ni necesidad incluso a lo mejor porque qué importa si aun a vuestro tan liviano pesar el devenir sigue, continúa, hincando el diente, incisivo, obstinado, en lo que alguna vez fueron si es que no anda ella trascordada sus raíces.

Y punto.

¡Pero no podemos terminar así!

Pues sigue tecleando.

¿A la deriva?

O deriva o punto. Así es la vida.

Y, de nuevo cigarrillo nuevo y bolígrafo en ristre no sabe si elegir punto o deriva, riesgo, terreno pantanos, caminos escarpados por los que tal vez resbalar y despeñarse o parar, en seco, sin pensarlo, en el punto y hora en que arrancó, de cuajo y sin esmero — lo recuerdas, dice, ¿verdad o te lo cuento? — las raíces trascordadas del despertar ansioso de tramas y misterios en un espacio nuevo, diferente, indiferente a qué fuera qué fue lo que te tuvo fuera de ti, de mí, tu verdad, por tanto tiempo.

No lo recuerdo así; me temo, embaucadora, que me estás mintiendo, liándome, enredándome en tus redes para confundirme y hacerme perder el norte, el hilo de mis pensamientos o, al menos, los que reconozco como míos que, quién sabe, podrían llevarme dentro, justo al centro del lugar exacto que sin ti, obstinada en llevarme la contraria, encontraría abierto y despejado, dispuesto a acogerme en esos amorosos brazos que tú, escéptica siempre, no imaginas mas que como extremidades de algún cuerpo tan preso...

Pero no te decides ¿Verdad?

A recordarme como seré cuando me conociste antes, mucho antes de intentar abandonarme sin sospechar, fuiste siempre tan ingenua, que en el abandono te perdías sola, y sin mi amparo, por un mundo demasiado grande, pequeño para mí, que tu no entiendes...

Pausa.

Parada y fonda sí; y descansar para tomar un nuevo aliento en el que, te conozco, no confías más de lo que confiaste desde siempre en...

En, en, en.

No sabes seguir, ¿verdad?, te has atascado.

No me he atascado, ya verás.

Y echa mano con resolución de un folio nuevo, no de la libretita que estrenó para llevar la cuenta de en qué renglón andaba cuando se vio, allí, sentada, o de pie, sin instrucciones, en la primera palabra de un undécimo renglón en el que alguien la colocara sin haberle preguntado siquiera si podría gustarle o no ser un personaje inventado.

¿No era indignante?

¿Y quién inventará sin instrucciones la indignación de un personaje inventado sin instrucciones?

Chupeteó el extremo del bolígrafo puesto el ojo en el paquete de tabaco ahora vacío y, por darse una tregua, garabateó sobre el papel palabras sueltas, dibujillos; y, en su mente, el esbozo de alguna estrategia para escapar de un destino que, por más que fuese de ficción, sin riesgo alguno para su integridad, no las tenía todas consigo de que fuera a gustarle más, o un poco por lo menos, de lo que le gustaría armarse de valor y romper con todo el empeño que siempre, tan habilidosa en cierto modo, supo poner en, allí, bien a la mano y al alcance de la vista del más desaprensivo o torpe o vanidoso de los...

Los, los, los...

Risitas que la crisan y ganas incontenibles, que contiene, de darle, darse, darte, un bofetón en todos los morros...

Si empezamos a desbarrar terminaremos por liarla.

¿Liar la qué?

Déjame, joder, pensar; organizar un poco mis ideas, que, digo yo, alguna tendré que tener en todo ese marasmo de...

De, de, de.

A que te mando a la mierda.

¿Debería de ir entre interrogaciones?

Porque es que depende. Depende de si es pregunta o solamente interjección, que, en tal caso, quedaría mejor entre admiraciones.

Prueba a ver.

¡A que te mando a la mierda!

Pues a mí me parece que queda más expresivo. No, sé. Como que más convincente. Pero tú verás.

Pensé que pensabas ayudarme, pero si te sacudes las pulgas y ah, a mí, qué me cuentas.

No, oye, si no, a ver, entiéndeme; pero que te cuente que me cuentas que nos contemos no sé yo si no queda como que muy yo qué sé; porque, y perdona, a mí me parece que hay que liarse la manta a la cabeza, romper alguna lanza alguna vez, salirse de...

Ya, no, si sí, te entiendo, pero no es tan fácil... Y no es que no se quiera a veces, que muchas hasta sí que se quiere, pero que...

¿Qué?

Era sin acento.

Ah. Pues explícate bien.

Eso quisiera, explicarme; y aunque fuera mal, fíjate. Pero este sinvivir en el que vivo tratando de sacar, de alguna parte, algo que sé, tu debes de

saberlo, que está ahí pero no sé qué es... O, bueno, sí que es algo, pero huidizo, ¿entiendes?, resbaladiz...

Como el pez recién pescado que parece querer volver al agua, su espacio de confort, no sé si me explico, en el que sabe, a su manera claro, que es su único medio de sobrevivir...

O subsistir, a lo mejor.

¿Tú crees?

No sé, depende; con las palabras pasa que cada una tiene su qué, y, según, pues. Pero, claro, en fin, no me hagas caso, que a veces sé que me pongo muy...

Muy, muy, muy...

Muy, coño, ¿qué?

Coñazo.

Ya. Pero yo quisiera, me gustaría algo más... Porque las exageraciones, desmesurar, no siempre da a la cosa, la que sea, más entidad, o credibilidad, o. Lo que busco es, cómo te diría...

¡Verosimilitud!

Eso, sí; aunque sea incluso mentira pero que pueda ser percibido como posibilidad jamás pensada, puede, pero que siempre estuvo ahí, aguardando a ser descubierta, sin desesperar, sin dejarse abatir ni amilanar aunque intuya que esa especie de amenaza, latente, taimada, silenciosa que ronda de continuo, sin descanso, no va, tampoco ella, a perder la esperanza de ganar la partida...

Pero, ¿y si de verdad la pierde?

¿Y si de verdad la gana?

¿Cuál? ¿De qué estamos hablando?

No estamos hablando. Sólo piensas.

Recalcitrante, encerrada en ti misma ¿me vas a decir?

Porque si gana la esperanza, digo yo, la partida la pierde.

¿a Quién?

A la esperanza; si la esperanza gana la partida la pierde, la destruye, la aniquila porque, pregunto, ¿qué esperanza le queda en tal caso a la esperanza?

Ay cabrona que me estás haciendo trampas.

¿No querías que te ayudase? Pues, hala, tira.

¿Los dados? ¿Del carro? ¿Por la tremenda?

Tus prejuicios a la basura.

¿Dónde está la basura? ¿Qué es? ¿Cómo es? ¿Cómo podré reconocerla?

Esa cosa, lugar o lo que sea, donde siempre podrás encontrar hurgando a alguien.

No pienso hurgar en la basura ni aunque sea para encontrar a alguien.

Alguien hurgando.

¿En busca de qué?

De algún tesoro.

Ah, bueno. Hurgar en la basura buscando a alguien hurgando en busca de un tesoro ya es otra cosa, claro. Pero nunca se me habría ocurrido; la verdad.

No mientas. Lo has hecho muchas veces.

¿Mentir?

Buscar.

¿y si lo ponemos del revés?

Podemos probar.

¿Buscar?

Mentir.

¿Cómo queda mejor? ¿Qué puede dar más juego?

Lo que queda mejor no siempre da más juego.

¿Tú crees?

No sé, porque si te pones a hurgar en...

¡Que te he dicho que no!

A hurgar en qué piensas.

Menos aún.

Pues, en qué queda mejor.

En qué queda mejor, que, dentro de lo malo...

Si prefieres en qué puede dar más juego...

¿Tengo que elegir? ¿Han de ir inevitablemente contrapuestos?

No siempre, tal vez; pero si quisieras mi opinión te diría que pueden, por lo general, resultar bastante irreconciliables.

No quiero tu opinión. Quisiera la mía. Pero, ya, con tu...

Entiendo, te he predispuesto, quitado libertad ¿Qué hubieras dicho tú?

Pues no lo sé, la verdad; tengo mis dudas. Lo mejor siempre parece que será lo que ofrezca mejor apariencia; que resulte más... deseable, apetecible, por decirlo de algún modo.

¿Un aspecto más seductor?

Es posible.

Claro que, es posible que me haya precipitado y que, ¿cómo te diría?, lo bonito pueda, por qué no, ser también bello.

¿Hay diferencia?

No sé, si me aprietas las clavijas. Un envoltorio, lo imagino como, por jugar, entiéndeme, un paquetito, un regalo tal vez, que te entrega inocente, con su mejor sonrisa un mensajero...

¿Un regalo? No estoy muy segura de que me guste.

¿No? ¿A quién no le gustan los regalos?

Un regalo suele tener siempre un porqué que vaya usted a saber con qué intenciones.

Además hay regalos feísimos.

Encima.

Bueno, pues elige otra cosa.

No, oye; si sí. Con el paquetito sí puedo quedarme. Pero me haría más gracia, más ilusión si me lo encontrara, así, por puro azar en mitad de la calle ¿No crees que sería más emocionante?

No sé, me hago un poco de lio, porque... Sin haber concretado si entra, yo qué sé, por los ojos. Si fuese un gurruño, un amasijo informe de papel ¿Lo cogerías?

¿Por qué me lo has cambiado? Era un regalo. Lo imaginé envuelto, en papel de colorines, con su lacito.

¡Pero entonces no te lo encontrarías! Ya se lo habría llevado cualquier otro que lo viese primero.

Vale. Pero me lo encuentro yo. Tanto dar vueltas. Me lo encuentro yo y lo abro. Ya está.

Tiras del lacito, quitas el papel, y... ¿Qué habrá dentro?

Una caja de bombones, una bomba de relojería, una mierda pinchada en un palo... ¿Yo qué sé?

Te gustan los bombones, veo.

Sí.

¿Y las bombas de relojería?

¿A quién le gustan las bombas de relojería?

Imagínatela brillante, redondita; vistosa, de eso que te puede apetecer acariciarla.

Bueno, oye, es que si jamás he visto una bomba y no sé cómo es, me guiaré sólo por...

Claro. Comprendo. La mierda, fíjate, ya es otra cosa. La mierda, así, al primer pronto y según te la encuentras, ¡joder, es una mierda!, que salta a la vista. Pero... No sé, hay mierdas tan bien hechas, de vaca, por ejemplo; tan bien dibujaditas, tersas, brillantes, con esa espiral que forman, tan perfectas... Vamos, que más que hechas por el culo de una vaca y sin mirar siquiera más parecen salidas de la mano de una mente superior pura armonía...

Y te quedas embelesada mirándola ¿No crees?

Tendría que pensarlo. Poner en la balanza ambas ideas. Pero no tengo tiempo de pararme a pensarlo, detenidamente. La vida, con su cada ahora mismo siempre apremia, te empuja, te exige hacer algo con sentido, algo que trascienda más allá de...

¿De estas páginas que te traes entre manos? Porque tú estás pensando, lo sé, en tus jodidas páginas; obsesionada con cómo rellenar tus páginas, tus maravillosas páginas de mierda...

Páginas de mierda, quién sabe si perfecta. Sería una lástima arruinarlas.

¿Y no seguir con ellas?

No. Dejarlas en blanco. Inmaculadas. A la espera de una vida mejor de la que yo pudiera darles.

Fin*

* De lo que habrían podido ser las 12 páginas (numeradas), 154 párrafos (contados), 335 líneas (contadas), lo que arroja el total de 3118 palabras (contadas) que la señorita Susi no escribió tan absorta, obsesionada en cavilar qué podría escribir un personaje inventado¹ en la libretita, no de pastas rojas, no en la que anotaba reproches y sobresaltos de la vida insustancial y cotidiana; la libretita nueva, sin estrenar, que había comprado esa misma mañana mientras se quitaba los zapatos.

¹En la primera palabra del undécimo renglón de una **página 4** a la que llegase sin saber cómo ni cuándo y sin prestar atención a las tres anteriores ni a los diez primeros de la allí presente para...

Para qué ¿Qué pintabas tú, Susi, entre aquellas gentes que ni te conocían ni tú conocías en un lugar que ni necesitabas ni te necesitaba?